

gunda entrega, «De qué árbol», con el sello de la Universidad murciana, y haciendo el número 33 de su colección de creación literaria.

La lectura de este último libro recuerda, más decantada —y algo más amarga— la misma sensación de obra bien hecha, de temas rigurosamente elegidos, de redacción pulcra —en la línea clara que hoy es norma y que ella siguió siempre— y de sensibilidad poética de primer orden, que ya nos deparara la lectura de su primer poemario.

El núcleo poético del mensaje de Aurora Saura es de estirpe elegíaca. Sus cantos abundan en la negatividad como expresión («no podemos nombrar la primavera china, «no hemos llegado a ser reales...», «los signos que disperso sé que no los descifras...»). De ahí que aludamos al término amarga para definir, siquiera parcialmente, su nueva andadura. Pero es una amargura que no aboca en el escepticismo decadente y narcisista, tan al uso. Quizá debido a ello constituyen estos poemas una especie de crónica íntima del desencanto metafísico u ontológico que la autora capta, y experimente, en su peripección vital y cultural.

Pero, junto a este testimonio de la decepción del mundo, trasmutado en categoría estética, Aurora Saura sorprende y gratifica con un tipo de poemas que, tratando de revalorizar el término, denominaríamos como de naturaleza o raíz femenina, aunque en realidad, son, o debían ser, de estirpe puramente humana. Por supuesto, descartamos toda ñoñería en la semántica del vocablo, y también, naturalmente, cualquier contaminación machista. Entendemos por femenino ese hallazgo feliz de lo minúsculo o detallista: la aguja de coser sobre la mesa, los fármacos alineados en la estantería, el vaso de agua en la mesa del conferenciante, la sombra del árbol desconocido, y acaso oculto por tapia celadora... Y, asimismo, puede catalogarse dentro de este mismo concepto crítico, esa exquisitez estructural apreciable en la agrupación poemática del libro, donde puede percibirse la aquilatación que la autora ha tenido en cuenta a la hora de paginar y

secuenciar sus poemas. Un cuidado, sin duda amoroso, que habrá tenido también cuando seleccionara su obra del último lustro.

La poesía es una muy peculiar ayuda para ir descubriendo qué cosa sea el Ser, lo existente. El poeta es un privilegiado depositario del secreto de tamaño instrumento, a tan importante fin destinado. Pero ello sucede siempre que sea el poeta, verdadero poeta, y no lo sea simplemente por su voluntad versificadora, por su oficio exclusivamente, por un prurito diletantista... sino que el poeta sea poeta por su capacidad de análisis sensible y culto de las cosas del mundo. Aurora Saura revela mundo, descifra el Ser con su actitud de guardia poética permanente ante las cosas, ante los sucesos. Aurora Saura es poeta: incorpora el mundo, y nos lo describe o muestra, con belleza.

SI YO FUERA RÍO  
(Agua, 1991. Cartagena)  
EMMA EGEA



JOSÉ LUIS MARTÍNEZ VALERO

**H**ACE unos años, Emma Egea publicó su primer libro «Pasos», ahora, con «Si yo fuera río», nos hace su segunda entrega.

Tomar estas páginas en las manos, supone el encuentro con un libro que tiene rostro; desde la portada alguien nos mira, se trata de alguien que lo hace serenamente, en exacta correspondencia con el texto, mirada que acabará por ser muestra. Luego, el rostro, se multiplica en las ilustraciones de Eugenio y Melero, siempre atento, con sus grandes ojos abiertos.

Si yo fuera río, recupera una vieja metáfora, ya fosilizada, en la que, generación tras generación, hemos sido educados. Ahora, las aguas son otras, y porque se saben otras, quisieran ser aquel río, el de la vida, que se descubre lejos de la mar y pasa, lento o rápido, pero vivo. Paisaje que a su vez refle-

ja el paisaje, para dejarnos lo real y su recuerdo.

Si yo fuera río, es un libro donde las palabras, como gotas de tiempo van hacia el final, a ser consumidas, porque el secreto está en la metamorfosis, la disponibilidad que les permite ser y no ser, y, por lo mismo, seguir siendo en los otros, así lo anuncia en su poema prólogo: «*Conocería otras tierras / pasaría por cerros / por laderas, / saciando la sed del caminante / la del mirlo / si lo hubiera*».

Si yo fuera río, antes que condición es una afirmación gozosa, porque desde que se reconoce agua que corre, tiempo en el tiempo, busca y ama.

El río, a su paso, enumera objetos, lugares, tiempos, olores. Río que, a veces, se hace aljibe y conserva las primeras impresiones, el tacto de la infancia.

Poesía desnuda que el fluir deja, donde se ha suprimido la anécdota, y, con técnica impresionista, todos los fragmentos encajan en un verso sustantivo, que hacen a la página estática y contemplativa, y nos permite fijar la cara del agua, el sosiego que el río recuerda: «*Sigo estando aquí / y mi voz no se oye*».

Poesía de líneas precisas, perfiles nítidos, donde ni tan siquiera la rima, a veces asonantada, a la manera del romance que es nuestro río hablado, desdibuja la palabra, que entera se ofrece como nombre, porque cuanto nombra, aparece. Porque este río que, a su vez, se ve siendo río, es tierno como un sentimiento y fuerte como la estrella.

En un río, a su paso, siempre el mismo y siempre distinto, sucede como cuando decimos «la luz es la luz», porque ahí nuestro decir es lírico. De este modo el hecho abstracto que es el signo, al desdoblarse, saca de sí lo concebido, por eso es más real, y porque es real es poético. El espejo echa fuera lo que antes era imagen, ofrece objetos, no apariencias; lo sustituido se hace insustituible, ya no se razona, se ve. A este ver dentro nos traslada Emma, así, cuando acabamos la lectura, vemos a través de su mirada.

Se acepta el paso del tiempo y la caricatura del recuerdo, aunque «*venía haciéndome / señales y gestos*», queda atrás. Si yo fuera río, parece que nos dice, no volvería la vista atrás, sería sólo presente, aceptando el llanto, porque un río «*Nace con una sonrisa*».

Un río siempre es un misterio que se deja ver, de ahí su atracción, puesto que, cuando lo leo, desaparece, río abajo, y sólo nos queda la presencia de su huida: «*Y yo buscaba, buscaba / buscaba siempre mis sueños / y ellos se me escapaban / como si fueran huyendo. / La noche también huía...*».

Si yo fuera río sería cristal, cristales, para asomarme a la calle, porque «*Mi balcón no tiene rejas / tan sólo tiene cristales*», por donde transcurre la historia toda; para que, luego, sosegados los días, reposarán en el fondo.

VICENTE ALEIXANDRE:  
LUCES EN LAS SOMBRAS  
DE SU GRAN NOCHE



FRANCISCO JAVIER DÍEZ DE REVENGA

**C**ON la aparición del nuevo libro de Vicente Aleixandre, *En gran noche. Últimos poemas*<sup>1</sup>, en 1991, la obra poética de tan singular escritor queda parcialmente ampliada en lo que se refiere a la última labor del poeta que ya conocíamos a través de sus dos últimos libros, *Poemas de la consumación* de 1967 y *Diálogos del conocimiento* de 1974. En realidad, los poemas que ahora tenemos ocasión de leer no son, como podría suponerse por el subtítulo de la obra, poemas posteriores al libro que cerró su obra publicada, sino que son composiciones que Aleixandre tenía ya escritas en el momento de publicación de estos dos libros y que no

<sup>1</sup> Vicente Aleixandre, *En gran noche. Últimos poemas*, edición de Carlos Bousoño y Alejandro Duque Amusco, Seix Barral, Barcelona, 1991.